

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y NOTICIAS.

Suscripción en Madrid.

Por un mes..... 8 reales.

Por tres id..... 20 id.

Suscripción en Provincias.

Por un mes..... 26 reales.

idem..... 50 id.

En el extranjero y Ultramar.

Por un año..... 120 reales.
(Franco de porte).

La correspondencia se dirigirá al

Redactor, D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15.

LA HERENCIA DE CERVANTES.

Muchos son los llamados y pocos los escogidos, dice la Biblia, y pocas cosas dice la Biblia que tengan una aplicación mas lata, abstracta y heterogénea. Las ciencias, las artes, la misma industria, encierran un número de llamados que solo puede compararse con el de los llamados al cielo antes de ser escogidos. Para ser llamado, basta con ser, existir, con formar parte con la masa comun de las gentes; para ser escogido, es preciso antes haber sido llamado.

Los que cada siglo devora; los que despues de luchar se causan á la mitad de la jornada; los pintores que rompen sus pinceles y arrojan la paleta despues de su vigésimo cuadro, que nadie conoce; los poetas que con la imaginacion llena de ideas rasgan sus manuscritos á penas comenzados; los escultores que en el siglo XVI despues de crear un San Bruno para alguna ermita, trocaban el cincel por la espada y hallaban en Flandes la muerte del soldado; los que con la ambicion de generales ven caer su ambicion y su cuerpo á la primera bala enemiga, en el primer combate; los escritores que en el siglo XIX se hacen diputados y gobernadores de provincia; los que faltos de fé, de suerte ó de constancia, empezaron á vivir conocidos y mueren oscuros, esos son los llamados.

Los que, como Cervantes, arrastran su vida artística ó literaria y la concluyen á través del hambre, la injusticia de los hombres y la ignorancia del vulgo; los que, como Colon, descubren un mundo y mueren entre cadenas; los que, como Galileo, gritan al ir al suplicio, *epursi muove*; los que como Camoens, escriben los cantos de un poema en los muros de una cárcel; los que tienen hambre y no comen; los que tienen sed

sed; los que Dios ha hecho libres y la humanidad hace esclavos; los que no desmayan en la miseria; los que resisten á la envidia; los que luchan con la muerte ó el olvido; los que secan sus lágrimas y rien; los que estraen de sus piés los abrojos del camino y con los piés ensangrentados siguen andando... esos son los escogidos.

Hay quien ha dicho que Saffo era la décima musa.

La décima musa es la miseria.

Un amigo mio, hombre de bastante talento, á pesar de ser muy rico, decia una noche en el café aludiendo á los escritores de nuestra patria y de nuestra época:

Desde que los poetas mueren, ya no hay poetas.

¡Horrible idea que tiene, sin embargo, un fondo de verdad aterradora!

Parece que la poesia solo sirve para expresar la desgracia; parece que un hombre feliz, en cuanto puede ser feliz un hombre, no puede sentir en su cabeza el germen de ideas, fecundo productor del génio.

Yo no sé si esto es cierto, pero puedo decir en defensa de mi amigo, que conozco algun pintor que comenzó su carrera de génio en la miseria, pintando admirables cuadros de Historia, y que desde que es rico no hace mas que retratos: que sé de muchos escritores, que habiendo escrito sus primeras obras en el hospital ó en la boardilla, se entretienen hoy en escribir artículos de modas ó en despachar expedientes en una oficina del Estado: sé, por último, que escaptuando alguno que otro que, como Zorrilla, sigue siendo poeta á tres mil leguas de la madre patria, ó que, como Orfila, fué una lumbrera de la ciencia lejos de su país, mientras en España solo hubiera sido médico de Cámara; sé, por último, decia, que si cualquier extranjero deseara conocer á cuantos mas ó

menos llamados han vivido de las letras en este siglo en España, se verian precisados para encontrarlos á traspasar todas las porterías de los ministerios, donde al lado de un expediente sobre presidios ó de una informacion de carreteras, una subasta de bienes del Estado, ó una concesion de minas, veria á los autores de *Edipo*, de la *Historia de España*, del *Hombre de Mundo*, de la *Rueda de la Fortuna*, del *Reinado de Carlos III*, de los *Amantes de Teruel*, de *Don Tomás*, de *Sara*, de *Guzman el Bueno*, y de tantas otras obras que forman con justicia nuestra literatura contemporánea.

Si por casualidad encontraba alguno en la calle ó en su casa, seria preciso hacerle notar que aquel sér no era un escritor, sino un cesante dispuesto al primer cambio de ministerio á desempeñar un Consulado ó una plaza de oficial en Fomento, ó un gobierno civil en Toledo ó Guadalajara.

¿Qué quiere decir esto?

Figaro, uno de los escogidos, y que muriendo á los veinte y siete años encerró en su tumba coronada de laureles y siempre vivas la sátira que Quevedo al morir habia dejado olvidada sobre su ignorado sepulcro, hacia esta pregunta en los primeros dias de su carrera:

¿En España no se lee, porque no se escribe, ó no se escribe porque no se lee?

Han pasado 50 años desde que hizo esta pregunta, y España no ha contestado todavía.

A Figaro el primero de los escritores de aquella época, se atreve á contestarle su hijo, el último entre todos los escritores de la suya.

España es el país donde menos libros se publican despues de Turquía, de esos pocos que se escriben se hace una edicion de 500 ejemplares, que suponen tantos lectores como inquilinos puede haber en seis casas de la córta; por cada libro de estos

suele percibir el autor 1000 ó 1500 reales, con lo que pueda comer 50 días si no tiene madre é hijos; si uno de esos libros llega á necesitar segunda edicion, que supone un lector mas de los 500 consabidos, entonces se presenta el editor que compró el libro y quiere convencer al autor y á la justicia, de que aquel libro le pertenece para siempre por los 1000 reales consabidos, y la justicia se convence, y el autor se queda sin el libro, y si el autor no se convence tanto peor para él, que á bien que para nada necesita el editor su convencimiento.

Pero á pesar de esto, y á pesar de ser tan poco lo que se escribe, es menos todavía lo que se lee, supuesto que no se leen aun eso poco que se escribe.

De modo que si 500 personas en España no leen porque no se escribe, otras 500 no escriben porque no se lee. Es decir, que en España los que escriben y los que leen forman una familia á parte que se entretienen en leerse y en escribirse lo que 17 millones de almas ignoran que se escribe y que se lee.

Si á mí me tentara el diablo para escribir un libro, que es lo peor para que puede tentarse en España, citaría al portal de mi casa á esos quinientos que leen, y haciéndoles pagar á la puerta lo que en un tendido de la Plaza de Toros, les leería mi libro, seguro de haber agotado la primera edicion despues de la lectura, ahorrando-

me los gastos de la primera impresion y de la previa censura; cosa que gracias á Dios está hoy mucho peor que cuando Figaro escribia hace treinta años. [En algo hablamos de adelantarse! Y es preciso convenirse de que en materia de previa censura hemos progresado.

Supongamos que un ciego exclamara todo el dia: ¡Horribles son los alrededores de Madrid! ¡No hay un árbol, no se ve una huerta, no existe un jardín!—Querido ciego, le preguntaríamos: ¿y si hubiera jardines, huertas y flores, podría Vd. verlos? No sea Vd. ciego, sobre todo, y si es cierto que los alrededores de Madrid son poco amenos, tal vez encuentre un rosalito en la Fuente Castellana, una dalia en el jardín del Valenciano, un almendro en la cuesta del Moro.

Muy poco se escribe, amigo mío, pero si usted es ciego y ni ese poco pueda usted leerlo, ¿por qué se queja Vd. de que no se escribe?

Deje Vd. que en París se hagan en siete años tres ediciones de las obras de Figaro y dos de las de Espronceda á razon de 20.000 ejemplares cada una, deje Vd. que se traduzcan al alemán las obras de Fernan-Caballero y el libro de los Cantares de Trucha; deje Vd., en fin, que por las tierras en que se lee, se lee lo poco que por acá se escribe, y no eche la culpa á los alrededores estériles de Madrid de la cegue-

ra que la obstruye la vista.

Todas estas reflexiones son mas estériles de lo que Vds. creen, porque han de saber ustedes, que ese ciego de que hablamos, tiene una falta... y es que tambien es sordo.

¿Luego en España no existe, no puede existir el libro? preguntarán los escritores, que lean este artículo, únicos lectores que uno puede prometerse en España, cuando no están muy ocupados.

El libro para ser escrito necesita pensarse antes de escribirse, si ha de ser libro. Pensar un libro es cosa que requiere mas tiempo que comprarle, y escribir un libro es algo mas difícil que leerle; si el autor del libro es escogido; esto es, si lucha con el hambre, y la vence; si desprecia la miseria; si siente dentro de sí la voz del destino que le empuja ó la del genio que en él vive, puede empezar un libro y lo que es mas difícil aun, acabarlo. El autor entonces, en otro pais tiene la seguridad, si el libro es bueno, de que es suyo; de que se agotarán las ediciones que de él se hagan, de que le conocerán en su pais y le traducirán en los agenos, de que su nombre será conocido en Europa, y de que si no quiere escribir otro libro, con el producto de aquel puede vivir desahogadamente.

(Se continuará.)

LUIS MARIANO DE LARRA.

LOS AMORES DE UN PINTOR.

POR

D. Francisco P. Estrala.

(Continuacion.)

(1)

—¿Sucede algo? preguntó el baron sacando la cabeza por la ventanilla.

—Poca cosa, dijo Eduardo, y desenganchando los caballos fué á atarlos al troco de aquel árbol, quitándole á uno la brida.

En seguida volvió y abrió la portezuela.

Laura dió un grito de alegría.

—Me han vendido, exclamó Enrique, al ver al nuevo personaje que en lugar del cochero se presentaba, y sin detenerse sacó un revolver de su bolsillo, amartillándolo y poniéndolo sobre el corazón de Eduardo.

Pero instantáneamente sintió que una mano fuerte y vigorosa le arrebató de los cabellos y que la voz se ahogaba en su garganta oprimida como por una pesada losa de hierro.

—Bien pensó, dijo Eduardo, arrastrándole hasta colocarle entre los brazos, y inmediatamente una vez más sacó la rienda de su bolsillo y le ató de brazos y piernas con una extraordinaria rapidez.

Laura trémula y vacilante se bajó del carruaje y se dirigió hácia Eduardo, con sus hermosos ojos bañados en lagrimas de gratitud.

VII.

Al verla, Eduardo sintió que la sangre se agolpaba á sus sienes y su corazón latía con violencia: ¡Y qué extrañeza! Eduardo, jóven de imaginacion poética y ardiente, de corazón noble y generoso, de alma grande, y elevada en que germinaban los mas puros sentimientos habia hecho de Laura el bello ideal de sus ilusiones; consagrado desde su infancia al trabajo con que sostenia á su anciana madre á costa de sacrificios y privaciones, sentia deslizar su vida, como la del naufrago perdido en la inmensidad de los mares, ó el ave errante que cruza los espacios en busca de un horizonte mas tranquilo, de un cielo mas azul, de un bosque mas solitario y frondoso, sin encontrarlo jamás.

Al cruzarse por primera vez su mirada con la de Laura, al ver aquella expresion dulce y melancólica de su rostro, en que se revelaba el dolor y la tristeza, su corazón sufría el mas inefable consuelo, los ojos de su alma creyeron hallar á través del negro velo que los envolvía su rayo de esperanza; su estrella encantadora y grata, mucho mas que la que en una noche de tormenta, se presenta al caminante para guiarle en su camino: su alma exhaló los primeros perfumes del amor y como

el ave, como el naufrago, como el caminante, corre en pos de la mas risueña esperanza. En sus sueños parecia que el genio de los amores cerchia sus blancas alas sobre su frente pálida y fatigada. En su estudio, Laura, la hermosa y desgraciada Laura, era su único pensamiento, y en vano luchaba por transmitir al lienzo otras impresiones que las suyas ó pintar con suave colorido mujeres que no tuviesen el cutis moreno, y los labios sonrosados, y los cabellos castaños, y los ojos melados. ¡Oh! Dios mío! la van á conocer, se decía muchas veces enojado con su propia debilidad, y sin embargo, concluía porque sus angeles, sus vírgenes, sus aldeanas, sus heroínas y cuantas creaciones, en fin, salian de su delicado pincel tuviesen los ojos de Laura, el cuerpo de Laura, los ademanes de Laura y hasta la sonrisa de Laura. Nunca permitió que aquellas pinturas saliesen de su mano y llegó á sucederle que aunque sus cuadros eran de un mérito extraordinario nada le producian.

Quando el sol se ocultaba en el horizonte, Eduardo salia á la ventana dejando de ver los retratos del original para extasiarse contemplando con adoracion no comun en nuestro siglo, al original de sus retratos.

Desde allí veia á Laura coser, ó regar las flores, cuidar al pajarito que saltaba y gorjeaba en su jaula al escuchar la voz de su ama, y con una mirada, con un suspiro ó una son-

LITERATURA.

POESIAS.

LA VIDA.

TRADUCCION DEL PORTUGUES.

Por la sierra un caminante
 viajaba al morir el día,
 y estas palabras decía
 viendo una torre distante:
 sobre ese azul campanario
 que se dibuja entre flores,
 cuyos vidrios de colores
 dora el sol al espirar:
 sobre ese azul campanario
 de su veleta dorada,
 con la mano levantada
 se puede el cielo tocar.

Anduvo, anduvo adelante,
 llegó a la torre que veía
 pero el horizonte huía
 y viendo el monte distante
 así andando repetía:

Desde la cima del monte
 que blanca nube semeja,
 cuando la luna refleja
 en sus rocas al brillar:
 desde la cima del monte
 que cubre perpétua nieve,
 es la distancia tan breve,
 que al cielo podré llegar.

risa se encontraba satisfecho, casi feliz... El amor verdadero es tímido, y Eduardo no se había atrevido a dirigir a Laura ni un saludo siquiera; temía, temblaba, se estremecía a la sola idea de que ella no le amase, como ella lloraba y se entristecía a la sola idea de que este no la amase él; y, sin embargo, aquellas dos almas puras, inocentes, nacidas la una para la otra, se confundían, se mezclaban, se adoraban entre sí, con el elocuente lenguaje de los suspiros, de las sonrisas y de las miradas... Si Eduardo veía a Laura salir en el carruaje, la seguía con la vista hasta perderla, y después se fijaba en el balcon de su cuarto.

—¡Pobre Laura, cuanto debe sufrir; y viendo que el ramo de flores que Laura ponía diariamente sobre la tumba de su madre, estaba cortado sin que nadie lo llevase, decía:—¡Oh, adorada mía! hagamos lo que tú no puedes hacer; y se ponía el sombrero, besaba repetidas veces a su madre, cortaba el ramo de flores de los tios que esta tenía en la ventana de su cuarto, dirigiéndose con paso rápido al cementerio.

Llegaba, oraba al pié del sepulcro de la madre de Laura como ella solía hacerlo periódicamente, depositaba las flores nuevas y fragantes y besaba con religioso fervor las flores mustias que Laura había regado con sus lágrimas y oprimido contra su corazón, y se volvía, cuidándose de que no le viera, porque

Anduvo, anduvo adelante,
 llegó a la sierra bravía,
 pero el horizonte huía
 y viendo el bosque distante
 así andando repetía:

Desde aquel pinar frondoso,
 desde el tronco más crecido,
 desde el pino más erguido,
 que en él alcanzó a mirar:
 desde aquel pinar frondoso
 sin fatigas y sin plazo
 con solo alargar el brazo
 al cielo podré llegar.

Anduvo, anduvo anhelante,
 llegó a la selva sombría,
 pero el horizonte huía
 y viendo la mar distante
 así andando repetía:

Allí donde el mar se duerme
 plegando su nudoso velo
 como si el azul del cielo
 temiera a veces manchar:
 allí donde el mar se duerme
 dando fin a su querrela
 sobre la más pura estrella
 al cielo podré tocar.

Al mar se arrojó anhelante
 nadó, nadó, al cuarto día
 su cadáver se vela
 sobre una playa distante.

X.

los corazones buenos ni conocen generalmente la grandeza de sus acciones ni gustan de alabanzas.

Esto casualmente era lo que había ocurrido a la hora en que Laura salió con su tía de paseo.

Cuando ella volvió acababa de llegar al del cementerio con la frente cubierta de sudor por si Laura estaba a su balcon y le veía...

Y por la noche, en medio de los campos, a la luz de la luna vió que Laura se le acercaba triste y reposada, como el ángel de los sepulcros, creyó que Dios había escuchado sus oraciones y la enviaba en nombre de su madre para vengarla...

—¡Laura!

—¡Eduardo, cuán desgraciada soy!

Estas dos frases se escaparon instintivamente de sus respectivos labios, y un torrente de lágrimas entre sollozos y suspiros bañó sus pálidos semblantes...

Una nube sombría oscureció la frente de Eduardo que, silencioso y con los brazos cruzados sobre el pecho, tendía su mirada alrededor como si pretendiese descubrir a través del velo de fuego que le envolvió, en aquel lamento, en aquel grito que, partiendo de los labios de Laura, penetraba en su corazón, como la hoja de un puñal, algún dolor mayor que todos los dolores, que toda las desgracias, que todos los horrores del mundo, la deshonra, baldon que caía sobre la pura fren-

EL CONDE FULBERTO AMAYA.

LEYENDA TRADICIONAL DEL SIGLO XVI.

(Conclusion).

Aquella turba insensata esperaba la llegada del infeliz reo con la misma impaciencia que hubiera esperado el principio de un espectáculo público.

A aquellos corazones de roca rechazaban bruscamente todo sentimiento de consideración.

La idea del patíbulo había secado los raudales de sus ojos para que a la llegada de Fulberto ni una lágrima compasiva le pudieran conceder.

Eran todos los espectadores seres abyectos, identificados con los suplicios bárbaros, que veían esperar al reo del mismo modo que hubieran contemplado a una fiera agarrada a medir en el circo la arena.

Y no se crea que estas personas patibularias ante la espacion del criminal, hacían voto de virtud y arrepentimiento para él porvenir.

La mano ratera a favor del descaído general, se introducía en los bolsillos para extraer su tesoro.

El asesino acaso premeditaba un plan sangriento.

Y en fin, no pocas veces en el teatro del castigo del crimen había hechos que aumentar en el catálogo de éste.

En movimiento general parecido al oleaje del mar embravecido, principió a agitar la multitud.

Luego algunos guardias abrieron una estrecha vereda por medio de ellos.

te de su amada como la sangre de los mártires sobre la tierra, sin que pudiera lavarla ó extinguirla otra cosa que la mano que la derramó...

—Perdona Vd., señorita, dijo Eduardo saliendo de su estupor y con visible turbacion; perdone Vd. si de modo tan brusco y poco galante me presento a su vista; pero estaba en casa a la ventana como otras veces, cuando creí escuchar un grito de muerte salido de ese pecho: entonces sentí en el mio la angustia que se siente cuando sufre la persona que mas cerca... ó con mas frecuencia ve uno entre sus vecinos; me lancé a la calle, y corri en pos del carruaje donde se llevaban a Vd., Laura, que es el alma de... su tía, y que ha devuelto mas de una vez la felicidad y la alegría a corazones que lloraban en silencio y que acaso no se avergonzarian de llorar en presencia de Vd....

—¡Eduardo!

Ahora bien, señorita, si el atropello ha sido de mi parte, perdóneme Vd. una y cien veces y aquí me tiene Vd. a sus pies dispuesto a recibir el castigo que haya merecido... pero si esto es un raptó como imagino, dígame Vd. quien es el culpable y me beberé su sangre.

—Ah Eduardo! cuán generoso, cuán bueno es Vd., pero somos muy desgraciados. ¿No es verdad?

—Llore Vd. señorita, lloro Vd., el llanto es el único consuelo de los corazones que sufren;

Fulberto apareció entonces vestido con el traje de hefa y escarnio que, según reglamento, debía en aquel tiempo ponerse á los reos para llegar al cadalso.

Subía las gradas de este con gran serenidad.

Cuando estuvo en lo alto estendió una mirada escudriñadora por toda la multitud.

Buscaba el ser querido de su corazón para darle el último adiós.

En vano miró por todas partes.

Catalina ya le consideraba muerto, y se había retirado á la soledad para desde allí verlo en el cielo con los ojos del alma.

Fulberto solo consiguió con sus miradas convencerse de los sentimientos viles que abrigaba aquella turba degradada que iba á contemplar su agonía.

Tendió escandalizado el velo de sus párpados para no mirar más á la tierra.

El verdugo le anunció que se acercaba el instante de la ejecución.

Fulberto le contestó que quedaba su vida á su disposición.

Se le ataron las manos, se le cubrió el rostro con un paño, y á un golpe de hacha su cabeza principió á saltar por el suelo como una pelota elástica.

El verdugo la cogió por los cabellos: la presentó chorreando sangre humeante al público, y gritó con voz esforzada:

—Así mueren los enemigos del rey, de la patria y de la religión.

A las pocas horas el teatro fatal estaba desierto.

Ojala que el mio pudiese verter en este momento torrentes de lágrimas, porque siento... no se lo que siento... Yo que nunca ambicioné riquezas, ni placeres ni honores, que con ganar el sustento para mi desgraciada madre, ciega hace quince años (acaso de llorar!) me conceptuaba feliz, hubo tambien un día en que el sentimiento de la ambicion se levantó en mi espíritu, sin que nada bastara á satisfacerle, porque mi corazón, señorita, no ansiaba gloria ni oro, ni reposo, ansiaban... amor! En el mundo nadie comprendía mis sentimientos, se reía de mi tristeza, se burlaban de mis lágrimas, y se mofaban de mis desventuras... y sin embargo, mi corazón amó, y amó como acaso Vd. comprenderá.

—Sí, sí, pero Vd. es mas feliz que yo... porque si Vd. ama, es prueba de que ha encontrado ya la persona que deposite en su corazón los secretos, los sentimientos y las afecciones de su alma.

—Tal vez, y sin embargo, nada me he atrevido á decirle.

—¿Y por qué? acaso no es Vd. digno del amor porque es desgraciado?

—¿Y qué podía ofrecerle mas que penas continuadas y largas miserias!

—Eduardo, el arte ennoblece, el trabajo honra las acciones, se premian, y la mujer no está obligada á exigir mas que cariño, solo cariño ¿me comprende Vd.?

Solo sangre inocente se veía motear de rojo la superficie del suelo.

EPÍLOGO.

Cuando Carlos V recibió el mensaje que le mandaba Catalina, se puso en marcha para llegar mas pronto al calabozo de Fulberto, y romper sus cadenas.

Llegó tarde sin embargo.

Fulberto había dejado ya su cadáver en la tierra, y se encontraba en las regiones eternas cuando Carlos V descubrió los muros de Bruselas.

Esta víctima mas, sacrificada á sus furiosas pasiones, le despertó del delirio que le había agitado durante su vida.

El remordimiento pudo penetrar hasta su corazón, y le clavó sus aceradas garras.

Su razón abrió entonces los ojos y contempló delante de sí un cuadro desgarrador.

Las sombras de los innumerables desgraciados á quienes había dejado en el campo de batalla, vagaban por el cuadro y se adelantaban hácia él cual furiosos remolinos, sin duda á pedirle cuenta de sus vidas.

Por todas partes que miraba veía escrito el nombre de un crimen perpetrado, para saciar su ambicion inmensa.

La humanidad entera le lanzaba su anatema y le rechazaba de su seno.

Entonces se acordó de la virtud, y como esta se le alejaba asustada, dió cabida en su pecho al arrepentimiento, y se decidió á llorar sus culpas en la soledad.

El que había soñado dominar la tierra,

—¡Oh! sí, sí... dijo Eduardo ébrio de felicidad... pero yo puse mis ojos tan altos que al pretender llegar hasta allí habiera caído como leño sbrasado en los rayos del sol que me deslumbraba, pagando mi atrevimiento con la vida...

Entre dos almas que se aman no existen distancias ni clases; además, ¿qué sabe Vd. si esa mujer que Vd. juzgaba de tal modo, en vez de rechazarle le hubiera tendido una mano cariñosa?

—Pues bien, Laura, yo... adoro á Vd. con toda mi alma...

—Ay Eduardo, ¿por que no me lo dijo Vd. ayer?

Y Laura apavó su temblorosa mano en la de Eduardo, y los dos cuando debían conceptuarse felices, lloraron, gimieron, suspiraron bajo el peso de su doble desgracia.

Este, porque comprendió la terrible verdad de su presentimiento.

Aquella, porque veía huir sus ilusiones, su amor, su felicidad, como la flor de su inocencia, que el baron acababa de arrebatarse.

Eduardo, que recogió toda la importancia de las amargas frases de Laura, corrió hácia el baron, le desató las ligaduras y tomó una de las dos pistolas que aquel amartilló para asesinarle...

—Frente á frente, señor baron, y uno de los dos...

Laura dió un grito de espanto, corrió hácia

cuando la tierra le repudiaba, le pidió con humildad una celda para acabar sus días.

Quiso antes ver á su adorada Catalina por última vez, y mandó buscarla á todo trance.

Catalina temía ser hallada, y se atrevió á escribirle el siguiente billete:

«Carlos: En nombre del amor inmenso que te consagré en mejores días, te suplico que satisfagas el último deseo de la mujer que sacrificó siempre los suyos en aras de tu voluntad.

«Sé que me buscas con afán; no dudo que los espías déjen de dar en breve con mi retiro. Una pobre huérfana sin valimiento, sin honor, ni aun siquiera encuentra acogida en parte alguna, y mucho menos podrá burlar las pesquisas del poderoso Carlos V.

«Pero esta pobre desvalida ha sido tu mancha. Por todas las lágrimas sangrientas que he derramado, por todos los atroces dolores que devoré al merecer nombre tan deshonrado, te suplico, hazas suspender mi persecucion, y me déjes en mi retiro pasar en paz los pocos días que me quedan de vida, sola con mis lágrimas, mis dolores y mis remordimientos.

«Mira que una víctima se levanta entre ambos, y pida justicia al cielo: mira que el lienzo de nuestros amores, en otro tiempo bello y agradable, está hoy salpicado de sangre inocente.

«Ya solo nos queda el arrepentimiento: si mi débil voz llega aun hasta tí, armoniosa y dulce, aunque dolorosa, como en mejores días, no desoigas mi consejo: arranca la corona de tus sienes y cubre la mancha que la oscurece con una capucha. Desnúdate del régio manto

él, y le arrancó el arma de la mano.

Enrique estaba pálido como un difunto, y era tal el respeto que aquel hombre le infundía, ó tanta la fuerza de su remordimiento, que le faltó valor para asestarle un pistoletazo.

—Por Dios, Eduardo, esclamó Laura cayendo de rodillas á sus piés; máteme Vd. antes de que el mundo sepa mi deshonra.

Eduardo reflexionó un instante.

—No lo sabrá, yo lo juro... contestó con sombrío y cavernoso acento, y dirigiéndose á Enrique, continuó... Señor baron, es necesario que Vd. se case con Laura antes de ocho días, aunque despues se levante la tapa de los sesos.

—¡Oh no, eso no! murmuró Laura con profunda amargura.

—Mire, Laura, que su madre nos mira desde el cielo...

Reinó un profundo silencio.

—Consiento, dijo el baron...

Por piedad, no me abandone Vd. dijo la desgraciada jóven al oído del pintor.

Nada contestó Eduardo porque el pesar le embargaba la voz.

Una hora despues Laura estaba en casa de su tia, y el baron, sentado á una mesa del Suizo, donde á fuerza de ron y panetelas, quería desechar el último recuerdo de los azares de la noche,

y viste en adelante el pardo sayal. Que no te deslumbrase aun el falso brillo del trono. No te hasta el desengaño que la misma humanidad que tratabas dominar te hace comprender al revelarse contra ti?

Te vería por última vez: acaso como tú desee un último adiós; pero aun este desen nos es vedado por impuro: aunque no nos asaltara otra cosa que los recuerdos, estos habian de manchar nuestra despedida.

«Yo ya no te pertenezco: mi cuerpo que era tuyo, ya no existe: mi alma la prometí á un moribundo: déjame, pues, libre en la tierra, y búscame en las regiones de Dios.

«Hasta el cielo. — CATALINA.

Carlos V leyó esta carta, y lágrimas candentes corrieron por sus mejillas.

Desde entonces ya no pensó en otra cosa que en el retiro y la soledad, y arreglados todos sus asuntos, hecha la abdicación á favor de su hijo, le abrió sus puertas el monasterio de Yuste (Estremadura.)

Allí en aquella mansión de paz, acabó sus días entre el arrepentimiento y la expiación de sus culpas.

Catalina vivió algunos años en la aldea en que fué criado su hijo.

Una enfermedad aguda arrancó en flor la existencia á este, y murió en brazos de su madre querida.

Catalina supo también la muerte de Carlos V.

Y por fin, cuando nada le quedaba en el mundo, Dios le llamó al cielo, allí le señaló un lado entre sus antiguos conocidos. — FIN.

GREGORIO BERRAZ.

VIII.

Apenas entró Eduardo en su habitación, dejóse caer en un sillón, y con la frente entre sus manos, permaneció silencioso y pensativo. A cada instante se hacia mas intensa la palidez de su semblante, y, sin embargo, su espíritu, fuerte y virtuoso, su pensamiento, que poco antes comprendió la descarnada y triste realidad de las palabras de Laura, avasallando al corazón en sus únicos momentos de felicidad parecía gozarse en su desesperación y en su desgracia, y no le dolía pensar en ella si lograba un medio que salvase la honra de la inocente colegiala. De haber suerto á un miserable, se decía, Laura quedara á descubierto, y no la bastaría mi amor para enjugar sus lágrimas, y...

Por otra parte, Eduardo observaba que lo mismo hubiese resultado muriendo ellos dos. ¡Cuán cruel era para él en aquel instante la Providencia!... Cuando el perfume de su amor penetraba en su espíritu como el suave aroma de aquellas flores que él recogía y guardaba y besaba repetidas veces porque venían de la mano de Laura, cuando iban á realizarse sus mas halagüeñas esperanzas, su corazón, su pobre corazón, se desgarraba en silencio, su cabeza ardía, estaban sus sienes, porque la lucha que sostenía su alma era superior á sus fuerzas... «Dios mío! salve yo á Laura y quitadme despues la vida!» y en aquel instante parecía que ella le gritaba:

CRÓNICA NACIONAL.

REVISTA DE TEATROS.

Empezaremos esta revista dando cuenta á nuestros lectores de las novedades ocurridas en los teatros de la corte, que realmente han conseguido fijar la atención del público, y en esta consideración, preferimos con gusto á *Las Hijas de Eva*... zarzuela original del Sr. Larra, y música del maestro Gaztambide.

No queremos perdonar nada de esta obra, y comenzaremos por la reputación literaria del Sr. Larra, que tantos aplausos ha merecido en la escena española; el público ansiaba novedad y estilo á que tributar sus homenajes, y la zarzuela á que nos referimos ha realizado por completo sus esperanzas. Hemos dicho anteriormente, sin temor de equivocarnos, que jóvenes estudiosos trabajaban con éxito para el teatro, y hoy vemos con placer que el Sr. Larra presenta una obra digna de elogio, y cuyo enlace nos recuerda muy á menudo las comedias del teatro antiguo. Su pensamiento, personajes y correcta versificación, salpicada de chistes ingeniosos, merecen nuestra atención, tanto por el estudio con que están presentados, cuanto por los tipos caballerescos que nos pinta y sostiene el autor de buena manera. El señor Larra ha tenido en cuenta el objeto de su composición, combinando con acierto

vida mia, amor mio, Eduardo, no me abandones; nuestra vida es una larga serie de sufrimientos, y acaso un día brillará la aurora de nuestra felicidad!... «Quién sabe... murmuraba él como si respondiese á aquella voz misteriosa... pero entre tanto, sólo Dios pudiera comprender su inmenso sacrificio y su abnegación... Tenia que salvar la honra de Laura, y para ello decir á aquel miserable: toma, ahí te envío mi corazón, mi alma, mi vida acaso... te entrego la mujer que mas idolatro en el mundo... la miro en tus brazos como la azucena que el huracán troncha y deshoja y mancha sobre el cieno de los arroyos... y sin embargo, te protejo porque no te mate, y no te mate porque no soy tan infame como tú... pero seguiré tus pasos, me hallaré donde te halles, y espíaré tus acciones hasta que llegue el día de la venganza, que ha de ser tan terrible como tu crimen...»

Así pasó la noche. La vaga luz del crepúsculo matutino penetró á través de las ventanas, y el primer trino de las aves sacó á Eduardo de su letargo.

Entonces se asomó á la ventana.

Laura estaba ya en el balcón.

Los dos habian velado.

En sus semblantes, en sus ojos se pintaban las huellas del insomnio y su mútua resignación.

Laura hizo un esfuerzo por sonreirse, pero de manera tal, que en ella se revelaba toda su

su natural desarrollo con el interés que el público ambiciona, pero necesariamente ha tenido que incurrir en la precipitación escénica de que adolecen todas las obras de este género.

Al gusto de la época importa poco la severidad de las reglas del arte, máxime cuando su curiosidad exige encadenar por completo la poesía á la música, con la novedad y el acierto que reclaman las obras de este género; condiciones ciertamente duras y que pocas veces superan el estudio y el talento de los autores en tan árido camino; sin embargo, el que se aproxima á la claridad, logra fijar mejor su sombra en cualquier objeto, detallándose en ella sus menores accidentes, y acercándose á la verdad que traslada.

Decíamos anteriormente, que la última obra del Sr. Larra ha conseguido la atención del público, que continúa prodigándole sus aplausos y deferencias. Empieza el cuento en una venta entre Madrid y el Pardo, con un coro perfectamente dispuesto, y sigue la introducción de una ronda de cuadrilleros de la Santa Hermandad, que tiene noticias de los escándalos y desafíos que continuamente alborotan este sitio. El ventero (Sr. Arderius) tiene una escena con el jefe de aquellos, en que revela toda la intención solapada de un hombre de esta especie, que solo vive y medra con enredos y pendencias: los

desesperación, toda su desgracia.

— Laura, confianza en Dios, parecía decirle Eduardo en una dulcísima mirada llena de amor y tristeza.

Y en dos horas que permanecieron así, cada mirada fué un juramento de eterno amor, cada suspiro una armonía arrancada de sus almas, cada sonrisa una prueba de los sentimientos de aquellos dos corazones nacidos para amarse y separados por el destino.

Entretanto, doña Genoveva estaba satisfecha, las cosas venían á pedir de boca, y sus deudas iban á ser pagadas, porque el rapto y la desgracia de su sobrina habia sido previsto de antemano, y necesitaba una recompensa.

El barón amaba á Laura como saben amar ciertas personas, y por consiguiente la proposición de Eduardo no hizo mas que secundar sus deseos, deseos que no se hubieran cumplido si en el instante de su fuga Dios no le enviara aquel hombre de corazón tan grande como de pensamiento, de voluntad tan fuerte como de brazo.

Pasaron ocho dias.

Eran las diez de la mañana y un carruaje se detuvo á la puerta de San Luis.

El barón, elegantemente vestido de frac, pantalón y chaleco negro, salió de él y dió su mano para que se apoyase y bajase, á una jóven en cuyo semblante se pintaba la mas desgarradora expresión de tristeza.

Era Laura.

versos que la describan, llenan por completo el objeto de su composición, y no hay palabra que el público no reciba con gusto, ni equívoco que no aplauda.

Llega Avendaño (Sr. Obregon) á esta venta punto de una cita que recibe por medio de una carta sin firma, y escrita en quintillas deliriosas, y allí se ve acometido por jóvenes cortesanos ansiosos de aventuras, que llegaron poco antes con D. Lope (Sr. Dalmau) en busca de dos tapadas, que secretamente se hospedaban en la venta; de aquí nace la amistad de ambos personajes; á pesar de que el D. Lope, mas previsor, ó ménos expansivo, no la concede tan ilimitada como su nuevo conocido.

Avendaño se descubre á él, manifestándole que viene á casarse con doña Esperanza, señora que ama D. Lope, y dá á este la carta por la cual se encuentra allí; esto, naturalmente, los aleja de sus promesas amistosas, como ya presumia el don Lope, en cuyo poder queda la carta al marcharse Avendaño. Olvidamos decir antes, que la canción en que pinta D. Lope la generalidad de su gusto por las mujeres la escucha doña Esperanza, que efectivamente está en la venta, y es la autora de la carta, aunque escrita por mano de Estrella que la acompaña, bonita canción, que á su tiempo le recuerda ella, devorada de celos é inquietudes.

Desearíamos enumerar todos los inci-

Laura atravesó con paso firme la Iglesia, pero sin accionarse á su prometido, y se arrojó junto al altar.

En el momento de celebrarse la ceremonia, el baron miró á su lado y vio cuatro ó seis jóvenes que, asomados por la puerta de la sacristía, le miraban, guiñaban, sonreían, haciéndole señas para que se arrepintiese.

Enrique, creyendo escuchar las carcajadas de sus amigos, las bromas de sus amigas, las murmuraciones de todos, tembló, y pretendió dar salida al siniestro pensamiento que germinaba en su alma.

Peró un joven pálido, severo, vestido de negro y con los brazos cruzados sobre el pecho avanzó por el ángulo opuesto hasta colocarse delante de aquel grupo de libertinos.

Al verlo, el baron se puso pálido como un difunto, y su mano estrechó convulsivamente la de Laura, que estaba helada como el mármol.

Era Eduardo.

Concluida la ceremonia, Laura dirigió sus dulces ojos impregnados de lágrimas á una de las naves del templo donde oraba aquel de rodillas y en silencio.

—Es él! murmuró Laura, haciendo un supremo esfuerzo para sostenerse, y dirigiéndole una mirada en que parecia decirle de nuevo: —¡No me abandones!

—¡Adios para siempre, Laura de mi alma! balbuceó Eduardo, y dos gruesas lágrimas se

desprendieron de sus ojos. Cuando los desposados llegaron á casa de doña Genoveva, esta, tándida entre los almohadones de uno de los divanes de su gabinete, les esperaba con la mayor dulzura y afabilidad. Pocos momentos se detuvieron, durante los cuales le fué posible observar el profundo abatimiento de su sobrina y la aparente tristeza del baron. Despues Laura se dirigió á su estancia, Enrique la seguia. —Hermosa Laura, la dijo, pretendiendo rodearla el brazo por la cintura, ya eres mia y no creo que aquel extraño protector venga á privarme de los privilegios que el nuevo estado me concede. —Caballero, repuso Laura con altivez, respeta Vd. mi desgracia ya que no supo respetar mi inocencia; entre los dos no existen, no pueden existir otros vínculos que aquellos que la sociedad reclama para lavar la mancha que un libertino infame, cobarde y traidor como ninguno, se atrevia á estampar sobre mi frente. —¿me entiende Vd., baron? —Soy su esposo... —Ante el mundo, pero no ante Dios: que castiga los criminales; ante la sociedad; pero no ante mí que por mi honra he sacrificado mi vida, mi vida que se exalará lagrima á lagrima en este recinto, antes de consentir que Vd. la profane...

ni feliz. Aquí trécan de amantes doña Esperanza y Estrella, sintiendo todos, sin embargo, el cambio que los aleja de sus verdaderas simpatías, hasta que, llenos de celos ocupa cada cual su lugar, describiendo sus errores en versos inmejorables. Diremos poco de su ejecución: la señora Rivas, que declina visiblemente, llegó á donde sus fuerzas alcanzan; y en cuanto á todos los demás actores que tomaron parte en esta obra, no decimos más que trabajaron á conciencia y completaron el éxito que obtuvo. La música no deja de tener originalidad, y tambien el Sr. Gaztambide recogió los aplausos que les tribularon los espectadores. En distintas ocasiones fueron llamados á la escena sus autores, los que al fin se presentaron á recoger las palmas carinosas del numeroso público: la ovacion fué tan completa como el trabajo de los señores Larra y Gaztambide.

No nos detendremos á juzgar del mérito del *Si de las niñas*, ni de la intencion moral con que Moratin nos la presenta criticando con admirable verdad los defectos de su época. Esa preciosa joya dramática está ya harto conocida y juzgada en el mundo literario, para que nosotros podamos añadir nada que no sea imperfecto ó repérido.

Centremonos, pues, á su ejecución la que trataremos cual corresponde, lejos de parcialidades injustas, que por lo gene-

—Repate Vd. Laura, que soy su marido.

—Mi esposo y nada mas, D. Enrique... por consiguiente, si quiere Vd. que le respeta y considere, ó mejor dicho, que no le falte, hágase Vd. cuenta de que no existe en el mundo y déjeme Vd. sola para siempre.

—Entonces no estrañe Vd. mis determinaciones.

—Serán dignas de su depravado corazon.

—Basta, basta.

—Adios, señor baron.

—¡Oh, con que me echa Vd. dijo Enrique apretando sus puños hasta hacerse sangre. Bien, señorita, bien; pero no la valdrá á Vd. su protector, yo se lo juro.

—¡Me importan poco las amenazas! dijo Laura volviendo le espalda.

El baron salió de la estancia y tropezó con doña Genoveva.

—¡Oh, señora! ¡Me ha cogañado Vd. como á un miserable!

—¡Agua, agua!... ¡que me muero! gritó la marquesa, haciendo como que se desmayaba.

—Basta de fingimientos, señorita, su sobrina de Vd. no me ama ni me ha amado nunca.

—¡Qué horror!

—¡Silencio! exclamó el baron, y tomando el sombrero se lanzó á la calle en busca de sus amigos...

Apenas habio desaparecido doña Genoveva entró en el cuarto de su sobrina:

—Todo lo comprendo, señorita.

ral engañan y extravían la opinión, y á los mismos actores.

El Sr. Arjona, en el papel de D. Diego, que representa en esta comedia, lo encontramos inimitable, gustando cada vez mas su naturalidad y aplomo á la escogida concurrencia.

Sus estudios y sus conocimientos, ponen en relieve la intencion de sus escenas, sin desechar el mas ligero toque de compositon, logrando fijar la atencion del público: sin embargo la noche que tuvimos el gusto de verle, (nos referimos á la de jueves), lo encontramos frio y distraido, hasta el punto de dar la mano en señal de despedida á su futura tia, cosa muy corriente en la actual sociedad, pero bien lejos de los tiempos á que se refiere Moratín: esto nada dice, ni constituye otra cosa que una distraccion que notó el público en general.

Doña Matilde Bagá, primera dama joven, y que desempeñó el papel de Paquita, no dejó de ser aplaudida, ni ella de merecer la atencion del público; sus esperanzas deben sonreírle, porque tiene muy recomendables dotes para la carrera que ha emprendido: facilidad en el decir, travesura, belleza y una sensibilidad exquisita, que unió á la sencillez de su papel. Deseamos volverla á ver en distinto tipo para formar un juicio mas exacto de sus conocimientos.

—Lo creo sin que Vd. se esfuerce en manifestarlo...

—Es decir que por no sé qué capricho, prefiere Vd. vivir en la miseria, en el olvido, á lucir magníficos trenes, lujosos trajes, ricas joyas y titularse baronesa.

—¡Qué importan las joyas ni los títulos á quien se vé sola en el mundo! ¡Ah madre mia! Si tú vivieras, nada de esto me hubiera sucedido. Todos respetarian á la pobre huérfana que no tiene mas consuelo que sus lágrimas ni mas amparo que su trabajo.

—¡Oh! ¡Trabajar, trabajar! eso se queda para la plebe, señorita.

De lo que Vd. llama plebe, nacen los hombres honrados, los corazones grandes, las almas generosas...

—Y para ellos se crean las cárceles y los presidios, para ellos son las privaciones y la miseria... pero no para nosotros, no para mi sobrina, que debe portarse como tal.

—¿Quién sabe!

—En fin, no nos acaloremos sobrina, dijo doña Genoveva, haciendo su acento mas cariñoso y dulce cada vez: yo espero que amarás á Enrique, que observarás cuán caballero es, que perdonaras su crimen, si así quieres llamarlo, como yo lo he perdonado; y, por último, que dejando vanas preocupaciones, obrarás como te corresponde, comprendiendo que la hermana de tu padre solo puede anhelar tu bien y tu felicidad.

Los demás actores no decidaron sus papeles y tambien fueron aplaudidos.

(Del Diario Español.)

VARIETADES.

Ferías.

La palabra *Foro*, se deriva de la latina *Forum* que significa plaza pública ó sitio donde se tiene el mercado. Los griegos llamaban á estas plazas *Agora*.

Si fuéramos á hacer mención de los foros ó ferias públicas, romanas y griegas, habria materia para llenar algunos volúmenes; pero no siendo esta nuestra mision, por hoy nos limitaremos á hacer una pequeña descripción de las ferias de España.

Desde los tiempos mas antiguos ó desde que se empezó á poblar por segunda vez (1.050 años antes de Jesucristo) esta en España la introducción de las *Ferías*. Dicese que los rodios, al fijarse en las costas de Cataluña, fundaron la ciudad de Rosas en la que celebraban sus ferias. Los fenicios, envidiosos de las riquezas que adquirian los rodios, vinieron á España fijándose en las costas del Mediodia por los años 5180 de la creacion y trayendo sus mercaderias hicieron sus ferias con los españoles, dándoles aceite y otros productos por el oro y la plata de nuestras ricas minas.

Los romanos y mas tarde los godos establecieron sus ferias, concediendo franquicias considerables á los vendedores, logrando que

Laura quedó silenciosa.

Y su tia salió exclamando: —¡Cómo terminará este negocio! ¡Oh, si tuviera veinte años no necesitaría de sobras para costear el tren que otras veces, ni para pagar las deudas.

IX.

Pasaron meses y meses durante los cuales el estudio de Eduardo permaneció cerrado.

Sin embargo, algunas veces al declinar la tarde se asomaba á sus ventanas y contemplaba estasiado el cuarto de la pobre Laura.

—¡Laura mia! exclamaba con profundo dolor; cuántas veces fueron saludable bálsamo para mi corazón las elocuentes miradas de tus ojos que acaso no volveré á ver! ¡Cuántas me volvistes en una sonaja la esperanza que me habia robado el desaliento! ¡Oh, Laura! Yo te amo, te amo como á mi madre y, sin embargo, la desgracia me separa de ti. Tu cuarto, otras veces alegre como una mañana de primavera, está solitario y triste como mi alma! ¡Las flores que ayer regabas con tu mano, pálidas y marchitas como mi corazón! ¡el pajarito que al verte gorgeaba y revoloteaba en su jaula de alambre ha desaparecido ya!...

—Y en efecto, la casa estaba desalquilada. Un dia, sin embargo, nuestro amigo Eduardo recibió una cartita cerrada con la oreja negra, en cuyo centro se veia estampada la letra *L*; su corazón latió con violencia y sus manos temblaron al abrirla.

adquiriesen gran popularidad y concurrencia de forasteros que de todas partes acudían á presentar sus productos, mereciendo citarse en esta época las de Toledo, Burgos y Gijón.

Durante la dominacion sarracénica, continuaron los cristianos celebrando sus ferias en los pueblos donde la guerra no lo impedía, y es de notarse que á pesar del espíritu de intolerancia que se echaba de ver en la religion mahometana, los moros no solo no se opusieron á que se celebrasen estas reuniones mercantiles, sino que tomaron una parte activa de ellas, como puede verse por las ferias de Córdoba, Granada, Sevilla, Málaga, Mairena entre los moros de Andalucía, y las de Medinadel Campo, Valladolid, Zamora y otras, en que los españoles, moros y judios hacian treguas á la continua guerra en que estaban empeñados, y los comerciantes de todas creencias acudían con sus armas, caballos, monturas y otras clases de mercaderias; siendo notables las ricas telas de Oriente y los preciosos brocados y bordados ejecutados por la industria musulmana.

Durante la reconquista, los reyes fueron concediendo ferias á los pueblos que rescataban de la dominacion árabe, ya francas, ya con ciertos derechos ó alcabalas, cuya costumbre se ha seguido hasta nuestros dias, en que tan generalizadas están las ferias que apenas habrá pueblo en España que no celebre por lo menos una cada año.

Quando los españoles conquistaron á Méjico se encontraron tambien la costumbre de la celebración de las ferias, y es de notar que, se-

Concluido, que hubo de leerla, la besó y estrechó contra su corazón repetidas veces encerrándola despues en una cajita de concha con incrustaciones de nacar.

Y como si en ella se le ordenase ó previniese cosa alguna, Eduardo tomó el sombrero, la capa y un par de pistolas, se despidió de su madre y seguido de su magnífico perro Leon, bajó precipitadamente la escalera.

Al llegar á la portería se detuvo y encargó á una mujer que estaba en ella, se subiese á hacer compañía á su madre, hasta que volviese.

Aceptó ella con la sonrisa en los labios y la mejor voluntad del mundo y subió al sotabanco mientras Eduardo salía á la calle en direccion al cementerio.

Ya no cantaban los pájaros en este recinto de muerte, ni los sauces prestaban melancólica sombra á los sepulcros... sus ramas secas y descarnadas daban paso á la rojiza luz del crepúsculo que imprimía cierto sello de profunda tristeza á aquel paraje solitario... las hojas de los árboles amarillas y diseminadas por el suelo parecen el sudario que la naturaleza estiende sobre la olvidada fosa de los pobres. Y en esta mansión fúnebre y sombría, destinada al eterno descanso, una mujer vestida de negro, arrodillada ante una cruz de madera oraba en silencio con las manos juntas y la frente inclinada.

(Se continuará.)

gun refiere Solís, no se sabía qué admirar más si la abundancia y riqueza de sus productos ó el orden extraordinario que reinaba, tanto en la distribución y colocación de los efectos espuestos en la feria como en lo que puede llamarse policía de la misma feria. Los objetos de metales preciosos, las ricas aunque singulares telas hasta de pelo de conejo, los preciosos vasos de barro y búcaro, y otros varios géneros eran su objeto. Para mantener el orden había un jurado ó tribunal de comercio en el que se decidían las diferencias que ocurrían entre los feriantes, habiendo también agentes de justicia que cuidaban de que el orden y la igualdad presidiesen en los contratos. En nuestros días la municipalidad es la encargada de todo lo concerniente á ferias y mercados, y de velar tanto para la conservación del orden público cuanto para estimular á los comerciantes y ganaderos á presentar buenos y variados productos y ganados, concediendo premios á los espositores de los mejores de aquellos.

Este es el objeto y el fin de las ferias. Las municipalidades están en el caso de estimular la afluencia de los concurrentes, pues con esto los pueblos prosperan, se favorece la industria, la afición al trabajo impidiendo la hora de merecer el galardón, á los productores todos, á la fabricación y mejora de los frutos del país. Las ferias fomentan las artes, la industria, la agricultura y toda clase de invenciones, porque sabido es que las exposiciones públicas y el premio á los productores estimula á estos, haciéndoles laboriosos y aplicados, convirtiéndolos en miembros útiles á su país, á su patria y á la sociedad entera.

Desde las primeras ferias que celebraron los romanos se introdujo la costumbre de hacerse regalos, no solo los amantes, sino los parientes y los amigos que testimoniaban así su verdadero amor ó cariño. Esta costumbre debió pasar á los españoles, porque nos la encontramos admitida desde los primeros tiempos y ha llegado hasta nosotros, si bien en el día ha degenerado tanto que ha quedado reducida casi exclusivamente á los niños que en estos días adquieren sus marciales juguetes y sus útiles muñecos. — F. M.

(Sevilla.)

Para contribuir á los actos benéficos con que este culto y siempre piadoso vecindario ha solemnizado la visita de SS. MM. y A. A. RR. á las provincias andaluzas, el *Círculo de Labradores y propietarios* acordó remitir al Monte de Piedad y Caja de ahorros, la suma necesaria para la redención de todas las prendas de ropas y otros efectos empeñados durante los meses de Mayo, Junio, Julio y Agosto últimos, cuyo préstamo no excediese de diez reales; lo cual se verificó en los días 15 y 16 del pasado, desde las ocho de la mañana á

las tres de la tarde, previo el competente anuncio, al que se dió la mayor publicidad posible, para que llegase á noticia de los interesados.

Resolución es esta que no necesita encomio, porque se recomienda por sí misma, como medio de ejercer la caridad con eficacia, por cuanto recae sobre las clases más menesterosas. A beneficio de ella, muchos infelices, privados por contratiempos domésticos, de las prendas y útiles más indispensables para las atenciones de la vida, las habrán recobrado sin desembolso de la cantidad prestada que, á pesar de su exiguidad, tal vez no habrían podido ahorrarla en el tiempo del empeño, sin imponerse sacrificios y privaciones en sus más apremiantes necesidades.

Al tomar este acuerdo, los individuos del *Círculo de labradores y propietarios* supieron hermanar la filantropía con la inteligencia y el conocimiento de la parte que les correspondía en la protección que los poderosos del suelo andaluz han otorgado á los desvalidos, en estos días de alegría pública. Ya otras corporaciones habían acordado repartir limosnas en diversos conceptos, y el *Círculo* ha completado la obra, devolviendo sus ropas á los que las tenían empeñadas. Estos son los mejores medios de difundir el júbilo en el pueblo, y de procurar que todas las clases de la sociedad tomen parte en los festejos con que la capital de Andalucía saluda á la familia real, á toda la altura de su lealtad, de su riqueza y su nombradía.

El cultivo de la cebada negra se va generalizando en nuestra nación, según noticias recibidas de varias provincias. Semejante adelanto es debido al señor marqués de Perales, á quien tanto la agricultura como la ganadería, deben importantes resultados. De una de las vasijas de cristal presentadas con semilla en una de las exposiciones agrícolas, cayeron unos cuantos granos de cebada negra que el marqués recogió con gran cuidado. Sembrólos aquel por vía de ensayo, y no obstante haber sido malo, recolectó algunos celemines; volvió á sembrar esta cosecha en las últimas sementeras, y la cual no hajará de sesenta á ochenta fanegas. Según dicen la cebada negra es muy superior á la que comúnmente se recolecta en el país. Abija mucho más, su espiga es más larga, su grano es más gordo, y su sabor es más dulce y agradable á los animales.

IMPORTANTE.

Hemos entrado en el último trimestre del año, y advertimos á los que no hayan renovado la suscripción ó tengan en descubierto algunos meses, que los

que no acrediten haber permanecido suscritos todo el año, no tendrán derecho á los premios de constancia.

El sorteo de los regalos mensuales se verificará el 20 del corriente.

Sorteo del 10 del corriente.

Ningun premio ha obtenido la compañía.

Sorteo del 20.

Para este sorteo toma la empresa 50 medios billetes, entre ellos diez constantes: las acciones á 45 rs., las medias 25 y los cuartos de acción 12.

La compañía económica juega diez acciones en los cincuenta billetes, cuyos números son:

MEDIOS:

19,551 al 40. — 35,796, 97, 98, 99 y 35,800. — 18,612. — 15,492, 95, y 94. — 17,651, 52 y 54. — 17,657, 58, 59 y 60. — 33,806. — 50,810. — 15,482 y 85. — 28,165, 166 y 67. — 18,614. — 29,435. — 21,616. — 54,854. — 54,821. — 7,337. — 17,795, 96, 97 y 17,800; y los 12,212 al 20; y 18,616 al 20.

Con este número acompañamos el *FIGURIN* perteneciente al tercer trimestre.

SORTEO DE NAVIDAD.

Para este sorteo formamos compañía de treinta billetes, cuyo importe será el de 50,000 rs., entre trescientas acciones; las acciones se espandan á 110 rs., las medias á 56, los cuartos 50 rs.

Los que quieran participaciones para este sorteo, lo avisarán con anticipación remitiendo el importe, sin cuyo requisito no se servirán.

LUCES Y SOMBRAS.

Esta importante novela sigue con la creciente aceptación con que el público la distingue.

Se han publicado veinte y tres entregas, y pronto quedará terminada la obra, procediéndose á la impresión de la segunda edición.

A los Sres. suscritores que tienen en descubierto de pago algunas entregas y no remitan su importe con la debida puntualidad, no se le mandaràn más entregas hasta su aviso.

Propietario y editor responsable:
D. JOSE MORALES Y RODRIGUEZ.

MADRID, 1862.
Imprenta de EL MADRILEÑO, Caballero de Gracia, 15.